



# Iguales y contrarios

Por: M.Sc. RAPHAEL M. CALDAS  
Escritor y director de TV

## CONTRARIOS IGUALES Y

**H**emos asumido que hombres y mujeres son muy diferentes entre sí. Se dice que los roles masculino y femenino se complementan. Sin embargo, esta polaridad de género no es innata, sino que ha sido creada al servicio de un sistema de dominio de los hombres sobre las mujeres que no sólo las perjudica a ellas, sino a todos.

A raíz de un artículo editado por un colega mío, cuyo centro era la

famosa pregunta que se les hace a gays y lesbianas sobre quién es el hombre y quién la mujer en la relación, hubo comentarios que defendieron el binomio masculino-femenino como requisito indispensable a la hora de mantener una relación de pareja, aludiendo a típicos tópicos tan entrañables como peligrosos, como el de que «los polos opuestos se atraen». Y digo que es peligroso porque asume, de

entrada, que hombres y mujeres son opuestos, contrarios.

Que hay diferencias entre hombres y mujeres, me parece una obviedad tan grande que ni siquiera debería entrar en ella. No obstante, me veo en la obligación de hacerlo porque, al margen de las diferencias biológicas, se nos olvida que *las diferencias de las que por lo común se habla son únicas y exclusivamente culturales*. Y es que a estas alturas, ▶

todavía hay quien se cree –animado–; que el hecho de que el hombre sea más agresivo, competitivo y de que le guste ver los deportes en la tele es algo inherente a su condición de macho. Del mismo modo, parece que está bastante asumido que el sentimentalismo, la sensibilidad, la sumisión y ver las telenovelas brasileñas son características innatas de la mujer. Y no me digan que no, que la guerra de los sexos es algo que nos viene dando la lata desde hace mucho, con la consiguiente consecuencia de aquellos que afirman, hasta la extenuación, que no hay quien entienda a las mujeres, o a los hombres, como si se trataran de marcianos o seres de otra especie.

Toda esta reflexión que comparto alude directamente a la *teoría de la identidad de género*. Está claro que, a medida que vamos creciendo, se nos enseña qué, en función de si disponemos de un pene o una vagina; o si nos pintan el cuarto de azul o de rosado, *debemos comportarnos de una determinada manera y debemos asumir roles concretos asociados a nuestra condición de hombres y mujeres*. O sea, amigos y amigas, para que nos entendamos, si eres un macho tienes que ejecutar unas acciones, tener ciertas actitudes y decir cosas concretas, no vaya a ser que se te «salga la pluma» y termines bailando ballet, si eres hombre, o uti-

lizando una pala de albañil, si eres mujer. Estas actitudes y comportamientos son reforzados por la presión social: si no te comportas como un hombre, el grupo de machos de la manada, que también puede ser el grupo de amigos de la escuela, te discriminará. Y si no te lo crees, date una vuelta por 23 y Malecón y –después de echar una minuciosa ojeada– pregunta a algunos de los paseantes que veas con «pluma» qué les ha sucedido en multitud de ocasiones y, especialmente, cuando eran unos retoños y salían a jugar al parque o al patio de su escuela. Luego *el hecho de cumplir con el rol* ▶



asociado a nuestro género, se convierte en una actitud adaptativa, sobre todo, cuanto más se asemeje al estereotipo: si soy un hombre y me comporto como un macho, me aceptarán.

Ahora pensemos –un momento nada más, no se asusten, denle ánimos a sus neuronas–: resulta que las identidades de género se han conformado de tal manera que *las características asociadas a lo masculino están muy por encima de las asociadas a lo femenino*. A ver, veamos: las mujeres deben ser sumisas, sensibles, no cambiar frecuentemente de pareja, sólo deben hacer el amor, tienen que quedarse en casa a cuidar de los niños, no tienen independencia económica, la pasan difícil para llegar a puestos altos en sus trabajos y mucho más para alcanzar posiciones de poder político o económico, y, en otros países, cobran menos por el mismo trabajo, y hasta hace unas décadas no se les permitía estudiar en la misma medida que a los hombres. Pues bien, si recapacitamos un poco no es muy difícil determinar que la identidad de género, los roles asociados tradicionalmente a hombres y a mujeres, han estado, nada más y nada menos, al servicio del patriarcado. O lo que es lo mismo: *a la supremacía de los hombres sobre las mujeres en todos los ámbitos*: el público, desde luego, pero también el concerniente a una relación de pareja. ¿O de dónde creen ustedes que sale la violencia de género? Y no estoy hablando sólo de hombres que pegan a sus mujeres, sino de hombres que han asumido identidades masculinas que anulan, manipulan, desprecian, insultan, gritan y hacen la vida imposible a identidades femeninas, como expresión



de su necesidad de dominio inherente a su rol: no hace falta pegar para dominar. ¿Que cuál ha sido la tesis que avalaba semejante abuso de poder por parte de los hombres durante siglos enteros? Efectivamente: los hombres y las mujeres se complementan; son polos opuestos que se atraen, piezas de puzle que encajan. Los hombres tienen que ser así porque las mujeres son así.

Y, claro, esto está mal, ¿saben amigos y amigas?

Ojo, que yo no escribo este artículo desde un punto de vista feminista, sino que se trata más bien de una queja general contra un sistema de géneros que no nos conviene a ninguno. Ya estoy harto de que sigamos pensando que los hombres somos de Marte y las mujeres de Venus, que nos pasemos la vida subrayando las diferencias entre sexos sin darnos cuenta de lo peligrosas que pueden llegar a ser y de que *sustentan un sistema injusto para todos y no sólo para las mujeres*.

Ya lo dice Luis Bonino, que de esto sabe mucho, el modelo social de la masculinidad tradicional hegemónica convierte la masculinidad en un factor de riesgo para los mismos varones. Autosuficiencia, belicosidad heroica, autoridad sobre las mujeres y estimación de la jerarquía son los valores que interiorizamos los hombres y que terminan engendrando mentalidades y hábitos de vida poco saludables para nosotros, un déficit de comportamientos cuidadosos

y afectivos y, en suma, riesgosos para las personas en nuestro entorno. *Son los propios hombres los que ven mermado su bienestar, cuando deben ajustarse a los roles asociados a su género. O sea, que no es cosa sólo de mujeres.*

Entonces, amigos y amigas, a ver si superamos de una vez esa necesidad de polarizarnos, de jerarquizarnos para dominarnos. Ya no es porque me parezca injusto que las mujeres lo tengan mucho más difícil que los hombres para casi todo, porque tengan menos acceso a los recursos o porque sean las víctimas de relaciones de maltrato. Es porque mientras no

superemos todo esto y sigan existiendo los tradicionales roles masculino y femenino, las relaciones seguirán siendo susceptibles de verse truncadas por una dinámica de poder, con un dominador y un dominado.

Es mucho más sano –hagan la prueba– para todos asumir que hombres y mujeres son más iguales de lo que parece. Y deberían serlo y parecerlo todavía más porque, fuera de la física, los polos iguales no sólo no se repelen en absoluto, sino que tienen la posibilidad de permanecer más unidos que nunca, y por mucho más tiempo. ■

